Caer en desuso

Las leyes que no se observan por muchos años, decían los juristas que habían caído en desuso, abrogadas por una costumbre contraria.

Hay hombres de quienes análogamente puede decirse que caen en desuso.

Tienen su tiempo de florecimiento, de brillo, de ruido.

Les llega el de la marchitez, de la opacidad, del silencio y aun del olvido.

Generalmente sucede ésto a personas de poco mérito, a quienes circunstancias especiales, anormales, pusieron sobre el pavés

Pasadas éstas, el hombre se hunde en la oscuridad: el bólido queda perdido en el vacío.

Aun los hombres de mérito verdadero están sujetos a la ley del desuso.

El que por mucho tiempo se ausenta de la tierra natal, donde fue una figura sobresaliente y objeto de afectos entusiastas, al volver encuentra que su tiempo ha pasado. Ve a su llegada que le han quedado sobrevivientes unos pocos amigos. Lo demás son nuevas generaciones que lo ignoran y aun oyen con extrañeza su nombre.

Tal vez no se resigne y trate de recuperar su puesto con la pluma o con la palabra. Acaso recoja algunos afectos, mas ya no podrá dominar voluntades, ni levantar entusiasmos. Va pasando su hora.

El que no espera volver pronto, si quiere seguir viviendo en la memoria de sus conciudadanos y que éstos trasmitan su nombre a los sucesores, ha de ser, no solo un hombre superior, sino que por su parte ha de tratar de que no se le olvide, haciéndose siempre presente con las obras de su ingenio.

Víctor Hugo lo comprendió bien. Desterrado en Guernesey, no se limitó a recibir allí visitas de numerosos amigos, de peregrinos intelectuales que iban a rendir homenaje de admiración al gran poeta, sino que escribió siempre, pulsó los bordones épicos de su lira e hizo comulgar al mundo día a día con el verbo fulgurante de su alma, convirtiendo una isla de trono desde donde descargaba sobre la tiranía los rayos de su indignación.

Otro camino del desuso es la ancianidad, especialmente en países poco cultos, donde, por otra parte, también hay hombres verdaderamente grandes. El viejo se ve empujado a un lado del camino, apartado a cordazos por una juventud ébria de ambición y de esperanza que sólo mira hacia adelante, que se olvida de ese encadenamiento necesario, evidente entre los que fué, lo que es y lo que va a ser.

El que llega a la ancianidad, por fuerte que se sienta, aunque dentro de su corazón arda fuego juvenil, aunque su inteligencia esté siempre brillante con la preciosa cualidad del aquilatamiento de su criterio, merced a la experiencia, especialmente en estas regiones tropicales de crecimiento y decadencias rápidas, apenas podrá ser considerado como especie de reliquia, como algo bueno que quedó en la vía al trotar arrollador del tiempo.

Puede esperar que en el día de su desaparecimiento algo se diga en su loor. Pondrán, tal vez, coronas sobre su tumba, mas las flores con que se formen han de tener el perfume de flores marchitas.

Esta es la ley irrefragable de la naturaleza. Vivir es cambiar, cambiar es morir para que vivan nuevas generaciones que a su turno morirán. Y sobre todo lo que desapareció, silencio y olvido.

MODESTO BARRIOS